

Sergio Tamayo: la ecología urbana, por un lado, y, del otro, tres enfoques emparentados de una u otra manera con la tradición marxista: el marxismo estructuralista, el neomarxismo y la economía política de la urbanización. El texto muestra cómo la ecología urbana, paradigma dominante a lo largo de varias décadas, parte de un supuesto, según el cual, la naturaleza realiza las funciones vitales de competencia y ajuste, a la vez que posee un equilibrio inmanente promovido por los organismos vivientes devotos del orden y la integración. La organización social (materializada en la ciudad, su forma más compleja) es el soporte del equilibrio, el cual se logra mediante un cambio continuo propiciado por factores exógenos. El cambio no es ruptura sino crecimiento acumulado, y el desequilibrio necesariamente es patológico. En oposición a este enfoque, la tradición marxista rechazó esta explicación positivista del fenómeno urbano, que fundió las ciencias sociales con las naturales, puso en entredicho sus métodos de demostración (sustentados en evaluaciones numéricas, consideradas per se como neutras, al margen de las preguntas formuladas por la propia teoría) y colocó al conflicto social y a la acción humana en el centro de la escena.

Como bien muestra Sergio Tamayo, conforme el análisis urbano se alejó de las influencias estructuralistas, incorporó la dimensión histórica dentro de sus consideraciones explicativas. Aquí me habría gustado, aunque tal vez desbordara los propósitos del texto, que se expusiera de manera más puntual la influencia de la histo-

riografía en este cambio de perspectiva: la defensa de la historia hecha por Pierre Vilar y E. P. Thompson en su polémica con la sociología y con el estructuralismo althusseriano, que veían al demonio del historicismo en cualquier formulación. Los estudios de historia social y urbana realizados por Robert J. Bezucha, Gareth Stedman Jones, Joan Wallach Scott, William H. Sewell, Richard M. Morse, James R. Scobie y Alejandra Moreno Toscano sobre Lyon, Londres, Caremoux, Marsella, São Paulo, Buenos Aires y la ciudad de México, respectivamente, también tuvieron un papel en la reformulación de los enfoques sobre la ciudad.

Para concluir, sólo quisiera rescatar el espíritu dadaísta que flota en la presentación del *Anuario*: hijo de la crítica, rebelde ante la tradición, pero a la vez respetuoso del individuo, plural, tolerante y generoso.

Carlos Illades
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
METROPOLITANA-I

Francisco Sánchez Pérez, *La liturgia del espacio. Casarabonela: un pueblo aljamiado*, Pról. María Cátedra, Editorial Nerea, España, 1990, 201 pp. + ils.

Desde un análisis etnológico, que se acerca a la historia urbana ya que gira alrededor de la arquitectura habitacional, Francisco Sánchez, profesor de antropología social en la Universidad Complutense, presenta una explicación original del espacio como un lenguaje al que hay que leer, a fin de

poderlo interpretar para encontrar las diferencias de comportamiento por sexo a partir de los ámbitos de acción que hombres y mujeres imprimen al espacio urbano, en un pueblo con características específicas.

Cómo estudiar este pueblo que aún mantiene códigos del pasado y comprenderlo desde el presente, cómo acercarse a él, cómo leer sus persistencias y sus transformaciones, qué caracteres hay que destacar para darle sentido a la cotidianidad: su arquitectura, la vida diaria, sus instituciones o bien, lo que se debe hacer es analizar el uso y la concepción del espacio que hacen tanto hombres como mujeres. A partir de estas preguntas es que Francisco Sánchez se encauza a estudiar el pueblo morisco de Casarabonela (Casr Bonaira) a fin de mostrar la íntima relación que existe entre espacio y cultura.

Dividido en siete capítulos, el libro nos lleva de la mano por el pueblo y si bien en un principio suponíamos un estudio de arquitectura, poco a poco nos vamos a encontrar que de lo que trata es de examinar las relaciones que se establecen con todos los aspectos que conforman las estructuras mentales cotidianas que determinan los cambios de valores a partir de la manera en que se vive el espacio: las transformaciones en las familias de extensas a nucleares, la participación en la vida urbana y la homogeneización de códigos de comportamiento.

El autor desarrolla el análisis desde el espacio habitacional para ir tejiendo la concepción del mundo de los habitantes del pueblo al investigar cómo viven el espacio dentro y fuera de

la casa y cómo ese espacio se vuelve genérico de acuerdo con las actividades que en él se desarrollan.

En el primer capítulo, desarrolla el concepto de "aljamía" para mostrar cómo la mezcla árabe-hispana que pervive en el pueblo ha permanecido como herencia cultural y urbana de un pasado configurado y dotado de significados a imagen del universo mental hispano-árabe y esto le permite transportarse a la actualidad para examinar una comunidad mixta donde sobreviven concepciones del mundo que subyacen en la arquitectura, en el urbanismo, en la agricultura, en la toponimia y en la división del trabajo por sexos.

Casarabonela, tiene como "señas de identificación" el que se encuentra situado entre dos regiones naturales de la provincia de Málaga, en lo alto de una loma. Sus edificios se apiñan unos con otros al grado que a lo lejos parece no haber calles en su interior. El pueblo encierra en su seno 900 edificios en una extensión de 14 000 metros cuadrados. Tres barrios son fácilmente detectables: el Calvario, el Castillo y el Arrabal, con sus moradores pertenecientes a distintas categorías sociales. En la parte alta, en un espacio abierto se encuentra la plaza con la iglesia, el Ayuntamiento y dos bancos. Una característica a destacar es la forma en que están ordenadas las estrechas calles que limitan el tráfico de vehículos. Las casas, por otra parte, están ordenadas en hilera y siguen los dictados del terreno. Su altura oscila de 1 a 3 pisos, culminados por tejados de dos aguas o una terraza o bien por ambos elementos arquitectónicos.

Las dimensiones también varían, siendo las más grandes las ubicadas cerca del centro de la población.

En la descripción que nos hace del pueblo aparecen también los edificios públicos, las tiendas, los bares, las escuelas, la biblioteca y las viviendas plurifamiliares. Fuera del casco urbano, se extiende la zona de las huertas en la que se distribuyen gran número de viviendas dispersas. En el límite del perímetro urbano se encuentra el cementerio y una pequeña ermita.

Pero cómo lleva a cabo su análisis, de dónde parte, qué preguntas intenta responder para reconstruir aspectos de la organización social a partir de la configuración espacial: para empezar, escoge y clasifica en tanto “textos arquitectónicos”, cuatro modelos de casas buscando elementos comunes: la casa señorial del pueblo —sólo hay 6— que se distinguen por la ornamentación de sus fachadas y el cortijo del campo como las de mayor tamaño y la casilla, el cortijillo o la huerta que son las pequeñas. Las describe y encuentra elementos similares, si bien por la posición socioeconómica, las diferencias se dan en la decoración y en la organización de las plantas, prácticamente todas tienen las mismas piezas aunque la disposición no sea la misma: dormitorios, un cuarto de baño, la sala de estar y la cocina, un espacio abierto que en unas es el rancho y en otras el patio trasero, además las dependencias anejas: la cocineta, la cuadra y el corral situadas en la casa urbana en el fondo del patio. Asimismo, hace notar que con la desaparición de los animales domésticos tales espacios han pasado a ser trasteros o lavaderos.

Una vez leídas y descritas las casas, nuestro autor continúa cuestionándose cómo intentar a partir del texto arquitectónico reconstruir aspectos de la organización social, y su respuesta es que se requiere de apoyos de lenguaje complementarios para revelar sus contenidos significativos (p. 60) como son mobiliario y objetos de decoración. Retrata los dormitorios para reproducir los segmentos básicos que organizan la unidad familiar nuclear: cónyuge, hijos, hijas. A partir de aquí interroga a la comunidad, entra a la casa y busca encontrar las claves de la vida cotidiana a través de la oralidad de sus habitantes, hombres y mujeres.

Apunta e interpreta que cerca de los dormitorios se encuentra el baño con funciones distintas a las de los dormitorios: es el único ámbito de la casa relacionado con la desnudez del cuerpo, la sexualidad y la higiene, de ahí que esté apartado del resto de la vivienda por una escalera de acceso, que no es otra cosa que un espacio de transición entre el mundo público y el mundo privado. Alejar de los ojos extraños “tales dependencias comporta la intencionalidad de preservar de lo extraño todo aquello relacionado con la intimidad de la familia, patentizándose, así, mediante la expresión arquitectónica, que la privacidad está íntimamente asociada a la desnudez del cuerpo y a la sexualidad de la pareja, como también que ésta es incompatible con lo relacionado con el mundo exterior” (p. 61).

En este sentido, encuentra que la ubicación de la cocina que da al patio trasero, tiene un significado igual al

del baño: ocultar funciones fisiológicas del ojo público, como son el comer y la higiene.

De esta manera explica la función simbólica de los espacios que tienen que ver con la categoría de la familia, con su estatus y con la relación entre los sexos. La configuración jerárquica de los espacios en la vivienda nos muestra cómo se concibe a la familia y cómo ésta representa el eslabón entre el estado de naturaleza y el de cultura. “Ambos planos, el arquitectónico y el urbanístico, están ordenados con base en la oposición entre las ideas de naturaleza y cultura [...] ambos ejes delimitan el cuerpo social, lo ordenan y lo identifican en un contexto más amplio en el que se encuentra inserto, plasmando en el espacio una manera de entender las cosas, una forma de ordenar el mundo” (p. 176).

La distribución de los espacios está relacionada con los ámbitos público y privado; las distintas dependencias de la morada representan una escenografía que desde una perspectiva proxémica —movimientos y acciones de los sujetos— nos revelan la lógica de sus comportamientos. Es entonces como podemos apreciar los ámbitos de acción, el “ceremonial de los sexos” en la casa y fuera de ella. En esta parte, Francisco Sánchez aporta al análisis la parte sustancial del libro: cómo el género actúa en el uso de los espacios y cómo se conjugan los comportamientos con las prácticas sociales.

En este sentido, dice que las mujeres aplican otro orden en la sintaxis de los objetos: de la intimidad, desnudez y sexo que implican la noche y que

tienen como espacio físico el dormitorio, pasarán a otro ámbito, a través del trabajo doméstico y las actividades que realizan en la casa durante el día, hacia lo que llama las dependencias de frontera con el exterior donde las mujeres accionarán durante el día; así, del núcleo familiar estricto y cerrado se transita a lo social.

Encuentra que hay espacios masculinos y espacios femeninos; el despacho, por ejemplo es de uso exclusivo del hombre ya que le permite estar dentro de la vivienda pero en el límite con la calle. Mientras que las otras habitaciones de la vivienda son vistas como femeninas de día, cuando las mujeres están en la casa, y masculinas cuando el padre llega por la noche. “La correcta interpretación de los códigos arquitectónicos determinará hasta dónde pueden adentrarse unos y otros según les corresponda por la relación que mantengan con la familia” (p. 82-83).

La casa se convierte en territorialidad moral de las mujeres, en donde ellas sitúan su marco de referencia frente a la calle donde su honra es más vulnerable. La calle es el espacio de referencia natural para los varones, aunque durante el día, en las horas de trabajo masculino, cuando la mujer sale a la compra cargando su canasta como salvoconducto al brazo, la calle se convierte también, en espacio femenino. Los bares del pueblo, en cambio, son baluartes masculinos donde las mujeres raramente entran. La dicotomía dentro/fuera ordena y califica los distintos ámbitos, los sexualiza y los asocia con caracteres masculinos o femeninos.

Si nos ha mostrado cómo la topografía determina las costumbres y asigna espacios a hombres y a mujeres, analizará en los últimos capítulos el ciclo de vida para ver cómo se desarrolla y cómo cambia la territorialidad de la casa a partir de características femeninas y masculinas en la vida cotidiana. Primero, hay que subrayar que la salvaguarda de la honra familiar le corresponde a la mujer y su comportamiento debe estar en consecuencia con lo que de ella se espera. Al varón, por su parte, le toca mantener y defender esa reputación. En todo momento, la dicotomía prevalece y las diferencias se hacen patentes.

En el "laberinto de la honra" nos habla de cómo se desarrollan los noviazgos en la comunidad y cómo la honra de la novia juega un papel preponderante en la relación masculino/femenino y por ello es deber del padre de la muchacha protegerla y lo hará en el territorio de la casa, luego del matrimonio, el ámbito de acción pasará a la familia del novio. Será por tanto en los ámbitos vetados donde las actitudes y los comportamientos con los que se identifica al varón y a la mujer estarán claramente diferenciados. Concluye que "la naturaleza moral femenina sin el referente de la casa queda incompleta de igual manera que una casa en la que no vive una mujer pierde sentido y se convierte en un simple edificio" (p. 133).

Analiza además, las transformaciones que se han dado a consecuencia de la vida moderna tanto en actitudes como en comportamientos, y cómo los absorbe y critica la comunidad y, en ese sentido, cómo es que se iden-

tifica al varón y a la mujer a partir de la territorialidad diciendo cómo casi todos los espacios que le están prescritos a un sexo, le están prescritos al otro.

Una vez examinado el interior de las viviendas sale al exterior y se pregunta qué es la calle sino una extensión de lo interior y a la vez un territorio ajeno y extraño. La calle, dice, se hace casa porque los moradores comparten un espacio común y mantienen contactos cotidianos. Por ello, el factor proximidad confiere cierta identidad a la noción de vecindario. En el pueblo se considera a los vecinos más cercanos, como una relación más estrecha que la consanguínea debido a su proximidad física. Sin embargo, apunta el autor, los signos de identidad no son fácilmente detectables con base en la noción de vecindad, por ello se debe recurrir al examen de la "cartografía simbólica del pueblo", cosa que lleva a cabo a través de las hornacinas, a las que identifica como vehículo de unión de los vecinos y que le permiten analizar el sentido de identidad relacionado con los puntos de referencia inscritos en la calle, y cómo se estructura el orden social y moral a partir de referentes urbanos, cartográficos e iconográficos.

Por último concluye que, las coordenadas que ordenan la cartografía semántica del pueblo, descansan en diferencias sociales que tienen que ver con sistemas valorativos que se expresan en nociones mentales. La gente concibe al pueblo a partir de sus casas, los barrios, las calles, las huertas y los símbolos urbanos.

Este libro nos propone una manera distinta de aproximarnos a la relación entre los sexos y a la diferenciación existente entre los ámbitos público y privado, por lo que resulta una lectura vivaz que nos transporta a través de los espacios que van de la casa a la calle y que nos permite comprender cómo se han estructurado los territorios mentales en los que estamos inmersos.

Ana Lau J.
INSTITUTO MORA

Silvia Dutrénit Bielous, *El maremoto militar y el archipiélago partidario. Testimonios para la historia reciente de los partidos políticos uruguayos*, Instituto Mora-ECS, Montevideo, 1994.

¿Por qué resulta importante hoy un análisis de los sistemas partidarios en América Latina, cuando los partidos políticos en el mundo viven una de sus más profundas crisis? Quizá precisamente por eso. En el umbral del siglo XXI, la mayoría de los analistas políticos y de los historiadores con una perspectiva contemporánea y política, aceptan que los partidos políticos han perdido una de las facetas más importantes que los ha caracterizado: ser portadores y representantes de las mayorías silenciosas que los eligen a través del voto. Un partido sólo es tal cuando acepta la competencia con otros y va a elecciones. Pero en el mundo actual los partidos sufren de credibilidad ante la ciudadanía. Esta crisis obliga a repensar el tema de los

partidos: su actuación y su conceptualización.

Es precisamente en este sentido que *El maremoto militar y el archipiélago partidario* nos da algunas claves de interpretación comparada. Silvia Dutrénit Bielous, historiadora uruguaya radicada en México, reúne en este libro 16 entrevistas realizadas a líderes partidarios de Uruguay, diálogos que se refieren a una parte de la historia de ese país sudamericano: la dictadura militar que vivió de 1973 a 1985.

Este conjunto de entrevistas se realizó durante el año 1991, con los principales dirigentes políticos que vivieron ese periodo y que tuvieron, de alguna manera, una participación preponderante en el mismo. Además, es importante decir que la autora tomó en cuenta a los cuatro partidos que incidieron durante la dictadura: los llamados tradicionales, Blanco y Colorado, y la Unión Cívica y el Frente Amplio.

A los primeros se les conoce de esa manera por su conformación a finales del siglo pasado. Dentro del periodo de la dictadura tuvieron un papel destacado, a veces de colaboración y a veces como oposición al régimen militar. Los entrevistados del partido Colorado fueron Jorge Batlle, Luis Hierro López, Pablo Millor, Julio María Sanguinetti —presidente de la república en el primer gobierno civil después de la dictadura, en 1994 volvió a resultar presidente electo— y Enrique Tarigo —vicepresidente de la república de 1985 a 1990—. Dentro de los entrevistados blancos se encuentran Guillermo García Costa, Carlos Julio Pereyra,